

Tiempos de ética, política y violencia*

PABLO TEPICHÍN**

Hoy nos encontramos en uno de los momentos más sombríos del neoliberalismo, entendido como un orden normativo de la razón, en vías de configurarse en el ámbito central que irradia, cohesiona y determina la óptica de la forma valor, produciendo y reproduciendo todas nuestras posibilidades sociales. Con el concepto neoliberalismo no se trata de identificar una ideología, el conjunto de políticas económicas, o la reconfiguración del Estado y la economía, sino algo más amplio; es decir, saber cómo su racionalidad hegemónica se ha diseminado en prácticamente todos los dominios humanos de acuerdo con una imagen de lo económico. Los efectos están a la vista, el capital como relación de poder despliega su plusvalor en varios ámbitos: produce una sociedad del tiempo del rendimiento; del tiempo de trabajo; del tiempo del costo-beneficio; del tiempo de la disciplina del verbo “deber”; al tiempo del autodisciplinamiento del verbo “poder”; del tiempo del ocio convertido en tiempo de trabajo; del tiempo del despojo; del tiempo de la exclusión global; del tiempo de la hostilidad y del antagonismo; del tiempo del fundamentalismo; del tiempo de nuevos trastornos y nuevas patologías del individuo; de tiempos, en efecto, violentos.

* Texto leído en la presentación del libro de Gerardo Ávalos Tenorio, *Ética y política para tiempos violentos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco/Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP) de la Cámara de Diputados/Secretaría de Igualdad Sustantiva y Desarrollo de las Mujeres del Gobierno del Estado de Michoacán/MC editores, 2016, en la Cámara de Diputados, el 25 de mayo de 2017.

** Profesor de la Universidad Iberoamericana, sede Ciudad de México; de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM y del Colegio de Saberes.

Es en este contexto que el doctor Gerardo Ávalos nos presenta una obra madura, reflejo de muchos años dedicados al estudio del mundo de las ideas, la filosofía, las entrañas del poder, la política y lo político, la democracia, la cultura y las figuras de la idea del Estado, siempre como en sus anteriores trabajos, por medio de su punzante crítica dirigida a desmontar los discursos hegemónicos que naturalizan el orden político. *Ética y política para tiempos violentos* es la cristalización dinámica y una sólida pieza intelectual para dar cuenta de nuestros tiempos, en los que la racionalidad neoliberal, el nuevo espíritu del capitalismo y su *ethos* burgués se despliegan hasta en nuestras relaciones sociales más íntimas.

En esta edición, Ávalos Tenorio, profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, toma como ejes principales e hilos conductores de toda su investigación, quizás uno de los dilemas más añejos en la filosofía política: la relación entre ética y política, tratando de explicar cuándo, cómo y por qué puede implicarse ésta como un lazo continuo o cuándo se trataría, más bien, de un vínculo discontinuo. En efecto, el autor nos advierte del vínculo polivalente que atraviesa la historia de la ética, si por ella entendemos un “campo en disputa” del que dependerá la configuración del *nomos* de un pueblo. El camino que emprende no está ausente de problemáticas que provocan debates y paradojas al momento de reflexionar la teoría y la práctica e, incluso, de ciertas aporías que desde su propia revelación nos demuestran la necesidad de pensar, como dice Ávalos, por nosotros mismos.

Se pregunta Ávalos Tenorio: “¿cómo ha llegado, entonces, a ser dominante aquella idea de que la política nada tiene que ver con la ética?, ¿acaso es verdad que uno de los rasgos centrales de la modernidad es la separación entre ética y política?” (2016:84) o para decirlo más claro, la separación de dos mundos morales incompatibles, el de la moral judeocristiana y el de la moral pagana, es decir, el de la ética-política. Para responder, el doctor en ciencia política se detiene en algunas de las estaciones que ha atravesado este concepto; la ética antigua, la ética cristiana, el paradigma de la ética moderna, la ética del socialismo, la ética del neoliberalismo, y cómo se han acompañado también de una noción de política. En todo caso, lo cierto es que todos los caminos llevan a la política, pues es en la ciudad, en la *polis* o en la comunidad política donde adquieren sentido los fines: la justicia, la amistad, la virtud, etcétera.

Uno de los grandes temas en la obra de Gerardo Ávalos ha sido el Estado o mejor dicho, el de la *estatalidad* y la política, esto es, los procesos dinámicos y contradictorios que implican la permanente construcción de la asociación política y la gestión de los asuntos públicos superando dialécticamente la moralidad, la juridicidad y la eticidad. En esta línea, es necesario apuntar que la disociación, la discordia o la exclusión son fenómenos que acompañan a la propia lógica estatal, y por ello, unos de los temas ineludibles en este libro son las distintas y múltiples dimensiones de la violencia. Aquí podemos preguntar: ¿qué ha producido la violencia?, ¿cómo la captura o no la formación del orden simbólico, es inherente a la política, o mejor, es inherente al hombre?, ¿no puede éste con toda su capacidad racional sustraerse a las pulsiones y a un ímpetu hacia la destrucción? Ávalos ha conceptualizado, en los últimos años, una posible respuesta, como lo hicieron Walter Benjamin o Carl Schmitt y, más recientemente, Antonio Negri, Giorgio Agamben y Slavoj Žižek, y ésta se relaciona con la existencia de una excepción como fuente del orden político, en otras palabras: todo orden político, dice, tiene un último fundamento en la violencia. Por tanto, “la violencia originaria, condensada y debidamente ocultada, constituye entonces la excepción constitutiva del orden político” (2016:191-192).

Y es que en la larga trayectoria del doctor Ávalos como politólogo, académico e investigador en ciencias sociales, lo han acompañado para delinear su *corpus* teórico lo que podrían llamarse ya *sus imprescindibles*, que van desde Platón, Aristóteles, Cicerón, Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, Rousseau, Kant, por supuesto, Hegel, y también Marx; y ya en otra vertiente, Freud, Lacan, Žižek, y muchos más. Todos estos autores echaron luz ahí donde los tiempos fueron convulsos, de conjura, de cambios, de injurias o de excepción, así como en el presente. Ávalos intenta alumbrar sobre el sombrío crepúsculo de nuestra democracia, su *doxocracia* y sus lacerantes tiempos violentos que la acompañan; pues ¿en qué momento en nuestro país se empezaron a normalizar las desapariciones forzadas y las fosas clandestinas, los feminicidios, la tortura, el crimen organizado, los asesinatos de periodistas, una situación sólo comparable con una guerra civil como la que se vive en Siria, la impunidad en los actos de corrupción o de prófugos de la justicia que antes ostentaron cargos en la administración pública? Éstos en México, Ávalos Tenorio los ha conceptualizado en libros y conferencias donde explica el proceso acelerado de disolución

estatal en el que hoy nos encontramos, auspiciado como reflexionaron los antiguos griegos, por la kakistocracia, es decir, el gobierno de los peores, legitimado con una olocracia mediática, o sea, el desgobierno del vulgo como masa pasional. Un pueblo sin atributos.

Ciertamente, Ávalos explica cómo el discurso democrático presenta los argumentos más sólidos para fundamentar la vida política del presente, advirtiendo que, como cualquier concepto político, es “un territorio en disputa”; es decir, polémico, pero también supone un imaginario plagado, al menos en su versión liberal actual, de efectos perversos. En esta línea, en el apartado “Las contradicciones morales de la democracia”, Ávalos elabora un fecundo y brillante análisis de ésta, procediendo a la manera en que el psicoanálisis estudia las formaciones del inconsciente, es decir, como síntoma que expresa la ausencia de una tramitación apropiada de un conflicto entre la pulsión y su destino. Los síntomas que a su juicio expresa la democracia, son tres: 1) la democracia requiere adjetivos; 2) las aporías de la democracia, 3); el cortocircuito entre la ética y la democracia.

Poco a poco, el lector de *Ética y política para tiempos violentos* recorre terrenos más escabrosos, como por ejemplo la inevitabilidad de la mentira en política, o si la política supone esencialmente una lucha, entonces la pregunta es qué tipo de ética tendríamos que plantear. En este itinerario, el autor elabora, a mi juicio, dos reflexiones excepcionales, se cuestiona con toda responsabilidad si la política admite la mentira como engaño. La respuesta es un inquietante “depende”, pues acepta que, en circunstancias peculiares, es necesario y conveniente para la preservación del Estado recurrir a la mentira y al engaño; pero explicará lo contrario “si la política es también la actividad de los ciudadanos, sobre todo cuando esa actividad es de resistencia al poder arbitrario y discrecional, la mentira como engaño es inadmisibles” (2016:198).

Por otro lado, en el contexto de la noción de la política como lucha, la lógica de los medios-fines, de la preeminencia de la ética de la responsabilidad, y de la violencia como el medio específico de la actividad política desde el prisma weberiano, Ávalos elabora un ingenioso ejercicio crítico de aquella concepción echando mano de la ética del discurso de Karl Otto Apel y su planteamiento de la racionalidad comunicativa como condición de posibilidad de la comunicación estratégica. El argumento principal de Apel sobre el cual se basa Ávalos es el siguiente:

El actuar estratégico, incluso el de aquel que oculta sus propósitos y voliciones subjetivas, sus verdaderos intereses, no puede dejar de presuponer (aunque sólo sea a nivel de su pensamiento) pretensiones de validez comprendidas y aceptadas [...] Quien engaña estratégicamente acepta pretensiones de validez (2016:228).

Gracias a la ética del discurso de Apel, afirma Ávalos, “la política, entendida como lucha por el poder, esconde una dimensión en la cual la política es precisamente lo contrario: superación comunicativa del conflicto” (2016:230).

La reflexión sobre la ética y la política atraviesa por un pasaje que es preciso destacar y enunciar brevemente por las implicaciones y pertinencia del libro. Es el referente a la ética de la liberación propuesta por el filósofo Enrique Dussel, una ética construida sobre juicios de hecho, una ética para los que padecen el dominio y la exclusión, con un compromiso concreto, para la vida cotidiana, antropológica y no humanitaria; una ética no sólo para “latinoamericanos”, sino para toda la humanidad. El esfuerzo intelectual de Dussel se traduce, entre otras cosas, en una ética con pretensiones de mundialidad, universalidad, verdad (material) y validez (formal intersubjetiva); la factibilidad como necesaria, y ubica no sólo un frente de emancipación, sino de liberación. Es, en definitiva, una ética viva.

En tiempos de angustia y ausencia de duelo en nuestro país, Ávalos nos recuerda que la ética es parte de la filosofía, la cual observa y cuestiona la moral vigente según la época y el lugar, ésta, además, se nutre con reflexiones acerca de los motivos para la acción. Pero hay más, la ética es política cuando su horizonte de referencia trasciende a los individuos, y captura la totalidad social en cuanto comunidad humana que produce un ámbito de actividad de “gobierno”, es decir, de decisiones que determinan la vida común. Dice Gerardo Ávalos:

Ética y política forman un binomio indisoluble, pues todo lo que haya que decidir y tenga un carácter vinculante para todos los miembros de una asociación o comunidad posee una base de fundamentación de lo bueno, justo, útil o conveniente. Esta fundamentación orientará, de diversos modos, la actividad política y, en consecuencia, brindará sustento a los distintos proyectos que disputan entre sí el lugar hegemónico en las decisiones que hay que adoptar (2016:159).

Hay una frase que afirma que ante la violencia, la cultura, pero ésta se vuelve una mala broma cuando en nuestro país –estos son datos de Mé-

xico Social—,¹ 23% de quienes tienen algún nivel de educación superior no leen libros; más de 60% de quienes viven en localidades de más de cien mil habitantes no asisten a eventos culturales. Así, es comprensible que emerjan las aporías de la democracia, la más importante, según señala Ávalos, consiste en que el ciudadano particular carece de peso específico en la determinación de los asuntos públicos, y el principio de mayoría se impone por sobre las opiniones y la voluntad de la minoría. Y remata nuestro autor con esta pregunta: “¿qué sucede en la democracia en caso de conflictos insuperables mediante el uso de la palabra? La democracia se revela como una constitución frágil, efímera y dependiente de una refinada educación moral” (2016:161).

En definitiva, *Ética y política para tiempos violentos* no es un conjunto de recomendaciones de cómo debe actuarse de manera individual o en conjunto; no es tampoco el elixir para curar a los pesimistas y a la gente decepcionada de la política; es, antes bien, un libro de nuestra época que habla de todos, pero de ninguno en particular. Al recorrer sus páginas cada uno reflexionará, necesariamente, respecto de su lugar en el mundo y sobre dilemas éticos que los interpelan, y la solución siempre es una: la política. O más aún, el carácter político de todos quienes como ciudadanos buscamos el encuentro con el otro para dialogar, establecer acuerdos y disentir cuando sea necesario. Hay aquí una intención clara: subordinar las sensaciones y la imaginación, elevando por encima de éstas a la inteligencia, y de tal modo, resignificar a la política.

Celebro la publicación de esta coedición de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, el Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP) de la Cámara de Diputados, la Secretaría de Igualdad Sustantiva y Desarrollo de las Mujeres del Gobierno del Estado de Michoacán y MC editores, por la pertinencia, la erudición de la obra, pero fundamentalmente por el recorrido en el que nos acompaña su autor, un terreno que nos exige repensar nuestra politicidad y nuestra intersubjetividad exteriorizada y extraviada y, ahí en la encrucijada, entre la ética y la política, recuperar los mejores atributos de lo humano, otra vez.

1. “Ante la violencia, la cultura”, en México social [<http://mexicosocial.org/index.php/81-arts-des-tacados-home/208-ante-la-violencia-la-cultura>], fecha de consulta: 16 de mayo 2017.